

LO MÁS VIVIFICANTE EN LA ORDEN HOY¹

Aintzane Juanicotena Uriarte, OCSO²

“¡Hemos recibido un espíritu de hijos y clamamos Abba, Padre!” (cf. Rm 8,15).

Todo lo vivificante es un regalo inmerecido y el regalo más grande que he recibido de la Orden, lo más vivificante, es el don de la FILIACIÓN.

Como todo don que viene de las manos de Dios, lo saboreamos, por medio de la conciencia de ser pecadores, pobres, perdonados y redimidos. Acogidos de vuelta al Padre, como el hijo pródigo (cf Lc 15,11-32), o como la niña a quien le dijo: *Talita cum* (Mc 5,41) o como a Lázaro sacado del sepulcro (Jn 11,44); el Padre nos acoge por medio del Hijo, que en sus días mortales exclamó: “nadie me quita la vida, yo la doy libremente” y que “aprendió sufriendo a obedecer” (cf. Jn 10,18; Hb 5,8).

¹ Comunicación presentada en el Capítulo General de la Orden Cisterciense de la Estricta Observancia, en septiembre 2022, en Asís. Se había pedido a dos monjes jóvenes de la Orden expresar qué era lo más vivificante de la Orden hoy, el don más grande que habían recibido de la Orden.

² Monja de la Orden Cisterciense de la Estricta Observancia del Monasterio Nuestra Señora de Quilvo, Curicó, Chile.

Ahora bien, vivimos en medio de una crisis global en donde la vida ha ido girando de manera casi insospechada hacia una desolación escalofriante: un mundo de guerra, pandemia, hambre, muerte, odio, un mundo de egoísmo extremo, **desintegrado y desintegrante**.

El mundo de las comunicaciones tecnológicas también ha desplegado sus alas y las atracciones instantáneas y la información ofrecida es rápida, ligera, abundante, diversa. No alcanzamos a procesar todo lo ofrecido y vienen nuevas ofertas y nos vamos mimetizando con una forma preestablecida de comportarnos en sociedad. ¡Dejamos de pensar!, de preguntarnos por el más allá y por el porqué de las cosas; nos adormecemos, nos aturdimos, siempre nos falta algo y nos agotamos; nos convertimos en la sociedad del cansancio, nos volvemos indiferentes, perdemos el sabor de la vida, preferimos no tener problemas. No arriesgamos y nos cerramos a la idea de que la vida se recibe. Sin embargo, al mismo tiempo, hay un **deseo** anhelante en el corazón humano que grita buscando su encuentro con Dios. Que reconoce que hemos recibido la vida y por eso podemos transmitirla, porque nadie da lo que no tiene... y solo si la transmitimos, la vida permanece en nosotros y se expande hacia los demás. Porque somos **imagen y semejanza de Dios** (cf. Gn 1,26). Llevamos un sello en nuestro interior que clama anhelante por este encuentro con su Creador, un movimiento continuo habita en nosotros que va hacia el punto de **encuentro**, entre Dios y yo, por medio de una **relación** entre un Tú y un yo; por lo tanto, nuestra vida está hecha para los demás y solo a través de otros nos podemos encontrar.

Concretamente estamos llamados a mirar, luchar por la vida de Dios y servirla en los demás, en cada hermano de Comunidad, con ese optimismo antropológico cisterciense que afirma con energía que la última palabra sobre el hombre nunca será el pecado sino el don de Dios, su ser imagen y semejanza de Él.

Seamos conscientes o no de esto, cada ser humano lleva este sello porque Dios nos creó y somos sus hijos. Este es el deseo más profundo del corazón humano: estar plenamente frente a Dios, adherir con toda la libertad a Él.

La vida comenzada por un deseo punzante, situada en un espacio y tiempo concreto, **el hoy**, comienza a hacerse forma a través del despertar de nuestra estrecha relación con Dios, del don de **filiación** que tenemos con Él. Filiación recibida a través del Hijo Jesucristo que dejó su sello plasmado en cada uno de nosotros, en cada átomo de nuestro ser y en toda la Creación. Un sello que clama por su Creador y nos hace hijos para siempre.

Somos hijos de Dios. Ese es el sello imborrable, pero, la relación que tengo con Dios, el don de ser hijo de Dios, se forma a través de la relación con personas concretas, en un lugar concreto.

La contemplación de Cristo, la relación directa con Él, en la ESCUCHA, como encuentro con la Palabra Viva, es la base para poder vivir con FE y OBEDIENCIA la relación con la comunidad, el Abad y la Orden. Apoyados en la tradición de la Orden, en las costumbres de la Casa, en la continuidad de la vida, en los testigos concretos que han dado su vida por nosotros y los que la están dando hoy, vivimos el don de dar nuestra vida a Dios en la relación con los demás. Mi vida donada a Dios, se dona por medio del amor a mis

hermanas y mi don recibido de Dios se recibe de manos de ellas. **Mi relación** con los demás refleja mi relación con Dios y viceversa.

La **gratuidad** del don recibido, el saberme amada por Dios, es mi garantía. Nada se pierde cuando todo está ofrecido; es solo a través de esa **acción de gracias** que mi vida se torna sabrosa o de color. Reconocerme hija amada, libre, pobre, pecadora, **necesitada** de perdón y de amor.

La **vida común** con miras a una única meta, Cristo, es una escuela de sabiduría, es una potente energía y es la novedosa respuesta al individualismo que tanto nos atañe hoy en día. Es la expresión más auténtica de nuestro estar hechos para la relación; solo a través de los otros puedo ver verdaderamente quién soy y así caminar hacia Cristo. El espejo de los otros me permite reconocerme, situarme en una realidad, iluminar mi camino para saber dónde estoy, y me da la luz que necesito para vivir la **conversión** que Dios me pide y que solo puedo desarrollar a través de los demás.

La fuerza para este impulso de conversión es el reconocerme miserable y saberme **misericordiada y sostenida** por Cristo a través de mis hermanas de Comunidad. Reconocer esto, en lo concreto de la vida, hace las veces de trampolín que me impulsa a vivir el don de la OBEDIENCIA como respuesta a un amor recibido.

Este camino de obediencia me va **crificando, porque es el modo de ser del Hijo Jesucristo**, es nuestra “forma” de amar, la condición de nuestra realización plena. La obediencia es nuestra oración, y para que esto sea posible, es necesario arrodillarse frente al misterio de Cristo hecho Carne, sea viviéndolo en el Oficio, sea escuchándolo en la *lectio*, sea mirándolo en el silencio, sea en el

servicio que me viene pedido cada día. Este es el Camino, el sostén, la fuente de nuestra fe en el Hijo de Dios hecho Carne.

Y para que esto sea posible es necesario que la obediencia venga acompañada de un **gozo**, un gozo no plástico, ni postizo, ni de apariencia, en donde me muestro dichosa, pero me pudro por dentro; tampoco exento de sufrimiento, sino un gozo siempre pascual, hecho de la cruz y la gloria de cada día. Si la obediencia no se vive de manera gozosa no es una verdadera obediencia; esta debe partir de la raíz de ser hijos, herederos y amados; y como hijos, somos libres, felices y deseosos de responder a este amor de la manera más plena, como Cristo lo hizo y nos enseñó, a través de la obediencia.

La confianza, la certeza de ser hija de Dios, viviendo en un tiempo y un espacio concreto, donde cada segundo es un **nuevo renacer** a la vida plena con Cristo, es el respirar de nuestro organismo, el latir de nuestro corazón. Vivir en su presencia, **disfrutar** el día a día de la jornada y la Comunidad que Dios me dio, cultivando la alegría en nosotros y en los que vienen, ayudándolos a que puedan reconocer su deseo personal y comunitario de felicidad y verdad, que no se detiene en las buenas normas, ni en la mayor cantidad de hermanas. Va más allá, buscando la calidad y la profundidad de la relación con Cristo, el fruto de un sentir y una voluntad común, para caminar la senda de la plenitud presente, y así poder ir todas juntas a la vida eterna (RB 72,12).

No se trata del éxito o de la esclavitud a los “frutos espirituales” del camino de la Comunidad; tampoco de la muerte, o de la vida de esta, sino de una perfecta **conformación a la Voluntad de Dios**. Sin esta conciencia del gozo de vivir hacia Dios, nos volvemos áridos,

sin sabor, desganados. ¡Perdemos la chispa! del deseo de la vida y de vivir como verdaderos cristianos y nos llenamos de amargura, que es el enemigo de la vida. Porque quien vive verdaderamente, está dispuesto a morir. ¿Cuántas veces nos aferramos a nuestras seguridades y esquemas, para no morir y nos olvidamos de querer vivir? Debemos vivir deseosos de acompañar a Cristo en su pasión hasta la resurrección.

Debe haber una alegría inminente en nuestros corazones para vivir la vida **abiertos a la novedad**, reconocernos libres y así abiertos a recibir y dar el perdón. Abrirme a nuevas formas, nuevos enfoques, autoevaluarme y ver que aquellas cosas que antaño daban vida quizás ya no la dan. Eliminar los prejuicios, correr riesgos, atreverse, innovar, jamás limitarse, identificarse con los demás; ser joven con los jóvenes, niños con los niños, venerar a los ancianos. Buscar siempre la vida... ¡Hay que dejarse hacer por los demás!

¿Cuántas veces nos aferramos a nuestros criterios y no podemos dejar entrar la gracia nueva que Dios nos regala en cada acontecimiento? ¿Cuántas veces nos aferramos a nosotros mismos y no somos capaces de ver el bien detrás de las acciones de los demás? ¿Cuántas veces nos aferramos a las estructuras y nos olvidamos de que la estructura debe servir a la vida nueva que el Espíritu Santo infunde en nuestro caminar? ¡Cuánto dolor hay en el mundo y yo... cuántas veces no me compadezco de la hermana que está a mi lado!

Necesitamos **aprender** (como el Hijo aprendió; cf. Hb 5,8-9) de cada acontecimiento y de los demás, con todo lo nuevo y distinto que traiga; reconocer que el otro es un aporte en mi vida. Debo ser una fuente disponible para todos, ser receptiva y recipiente, viviendo abierta a los demás, amándolos a cada instante. Pero también sin

fantasías románticas de bien que canonicen nuestro mal y oculten nuestra necesidad de conversión, sino con realidad. Sin críticas, sin quejas ni resistencias, sino con lúcida misericordia, valorándolos y no dejándonos llevar por el mal que hayan hecho, sino, creyendo en la buena voluntad y deseo de bien que hay en cada hermano que Dios puso a mi lado, aceptándolos y amándolos enteramente y felizmente como son.

Y así, **dejarme hacer y formar por los demás**. Solo a través de personas concretas, con nombres y rostros concretos puedo dejarme formar por Dios, solo a través de la mediación humana de otros puedo dejar a Dios actuar en mí y encarnarse en mí. El otro es el sacramento de la voluntad de Dios en mi vida.

Vivir en la obediencia filial, concretamente y según el carisma de nuestra Orden, en una **comunidad, bajo una regla y un abad** (RB1,2), con la mirada puesta en la vida eterna y con el condimento sabroso de la **fe**, es una regla de vida en nuestros monasterios. **La filiación divina se hace carne gracias a estos tres pilares fundamentales:**

- **Comunidad:** es el lugar donde puedo dejarme hacer por el Señor a través de los demás. Es el Cuerpo - Iglesia donde se produce el ENCUENTRO con Dios, donde todos somos miembros y Cristo la cabeza. Nuestra propia Comunidad es **Cuerpo de Cristo**, es Iglesia monástica que vive en comunión con la Iglesia universal.
Es el lugar donde recibo el perdón y la vida cotidiana; es el lugar donde mi miseria sale a la luz, experimento mis flaquezas, mis límites, mis pecados y me sé sostenida, me reconozco amada

a pesar de mi pobreza. Es el lugar donde puedo desplegar las alas hacia Cristo a través del **servicio** a los demás, por medio del trabajo y la propia donación.

- **Abad(esa):** Es la persona que hace **las veces de Cristo** en el monasterio (RB 2,1), es el Abad(esa) de la Comunidad, quien vive para servirlos y la comunidad forma a su Abad(esa). **La pureza de corazón** debe ser fundamental en mi relación con mi abad(esa). La **verdad** conmigo misma para vivir esta relación, reconocer mis amarguras, mis oscuridades, mis inconsistencias, mis luces, mis logros y poder ser transparente con ello y saberme hijo/a de esta persona concreta como Representante de Cristo.
- **La Regla:** Es la estructura vital de nuestra vida, su **forma es Cristocéntrica** y nos da la manera concreta de vivir el evangelio ¡vivir, no cumplir!

Porque todas nuestras acciones son una irradiación para el mundo entero. **Irradiación** que no depende de nuestro mérito o contra mérito, sino del **Encuentro con Cristo**, como dice el salmo 33,5: *“contémplo y quedarán radiantes...”*.

La **radicalidad** de nuestra vida para vivir en el encuentro con Cristo, desde una humanidad, en un tiempo y un mundo concreto, nos sitúa en el encuentro con nuestros hermanos del presente. En **el aquí y el ahora que mira hacia la eternidad**. Todos los elementos de nuestra vida confluyen en esta realidad del **hoy**. Hacer lo que tengo que hacer y estar donde tengo que estar, esa es nuestra ofrenda, esa es nuestra oración.

En nuestra Orden podemos palpar estos aspectos. La Paternidad y Maternidad espiritual se viven apoyándonos y engendrándonos mutuamente, pero también son siempre un desafío.

La filiación que debemos rendir a Cristo en cada momento es testimonio vivo dentro de la Orden, la relación con el Abad General, la Casa Madre, el Padre Inmediato, las Casas hijas y hermanas, la interdependencia de unos con otros, donde el respirar del propio y común corazón es siempre Cristo. Somos hijos de una Comunidad concreta, que pertenece a una Orden concreta, que se rige por una estructura sólida, donde lo que siempre predomina es esta unión filial y de amor que tenemos entre nosotros. Esto expresa la realidad de ser engendrados, de recibir **la identidad, el rostro** de manos de O(o)tro. Que hace las veces de Cristo.

Esta filiación no es sentimental, sino evangélica, por lo tanto, es un camino de fe, mucho más profundo que las apariencias.

El amor de Cristo por cada uno de nosotros, reconocerse amado por Dios y reconocer el amor de Dios en los demás, viviéndolo en el eterno presente de la realidad cotidiana, es el don más precioso que podemos disfrutar, la vida misma. Vivir arraigados en la realidad presente con la claridad de estar inmersos en una vida transitoria, cuyo destino final es Dios.

Vinimos a vivir con Cristo, y la muerte al yo es la condición para vivir, la vida siempre se renueva, la vida es burbujeante y novedosa, siempre un regalo que agradecer, porque el don más grande que Dios nos dio es la vida y nuestra capacidad de disfrutarla nos da la paz para asumir consciente y felizmente el sentido de nuestro destino libremente elegido, como respuesta a un amor que nos amó y eligió primero (1 Jn 4,19).

Solo creciendo nosotros, podemos ayudar a otros a crecer en Cristo y desarrollar una paternidad y maternidad espiritual, como respuesta de ser hijas e hijos de Dios.

Debemos vivir verdaderamente en un mundo más allá, donde los sueños se hacen realidad. Ver ya en el presente destellos del amor de Dios, que serán un todo en la vida que vendrá; eso es vivir unida a Cristo, con la mirada en Él, enfrentando con esa luz lo cotidiano, con la mirada hacia una cristificación total con Él, con todo y con todos.

Agradecer lo que no merecemos, perdonar lo que ya nos perdonaron y sobre todo amar siempre y a cada instante con el amor que solo un hijo de Dios puede comprender, el de Cristo.

Que la Virgen María nos guíe con su amor de Madre a la unión entrañable, audaz, vivaz y agradecida con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Amén.

*Monasterio Ntra. Sra. de Quilvo
Casilla 17 D. Curicó. Chile*